

QUINTO CENTENARIO E INTEGRACIÓN IBEROAMERICANA*

José Chez Checo (ADH)

La universidad Autónoma de Santo Domingo y la Asociación de Periodistas Profesionales me han invitado a este importante seminario internacional para que exponga sobre algunos aspectos relacionados con el tema “V Centenario, Periodismo e Integración Iberoamericana”, un tema que supone, y eso los periodistas aquí presentes lo saben más que quien les habla, dos de los acontecimientos más noticiosos, o posiblemente los más noticiosos, de este año 1992.

De entrada, la pregunta del periodista probablemente sería ¿por qué el tema de la integración iberoamericana, y sobre todo, el tema del Quinto Centenario? También ustedes, en su calidad de destacados periodistas, tendrán una diversidad de respuestas. En lo inmediato, yo me aventuro a afirmar que la importancia de ambos acontecimientos responde fundamentalmente a dos razones: la trascendencia que representa para todas y cada una de las naciones del continente y por las controversias que dicha importancia ha creado en torno a ambos acontecimientos.

Si el Quinto Centenario no fuese un acontecimien-

* Ponencia presentada en el Seminario Internacional “V Centenario, Periodismo e Integración Iberoamericana”, 7 de agosto de 1992. Santo Domingo, D.N.



to polémico, trascendental, lo más probable es que el tema de este encuentro hubiese sido otro. De modo, que me sentiría profundamente satisfecho si mi exposición lograra alcanzar cualquiera de las categorías enunciadas, porque me sabría entonces conquistador de la atención especial del auditorio.

Pienso, con ustedes, que lo más importante del Quinto Centenario y el tema de la Integración Iberoamericana es, precisamente, su condición de acontecimientos ampliamente controversiales. Sin embargo, supongo que también como ustedes, de nada sirve la controversia si no está orientada a un fin de bien común, si no está orientada a satisfacer las demandas de justicia y progreso de nuestros pueblos.

Nunca como ahora las sociedades habían estado tan expuestas a las informaciones públicas, nunca como ahora las naciones y sus habitantes habían estado tan comunicados. Es el reinado de la famosa “aldea global” que una vez profetizó el maestro Marshall MacLuhan. El fenómeno ha tenido y tiene sus grandes consecuencias, no siempre favorables.

Todo el mundo opina sobre el Quinto Centenario en los medios de comunicación, aun los que no saben siquiera cuándo los europeos descubrieron América. Libertad de expresión, democracia, será posiblemente la justificación. Pero lo cierto es que la avalancha de información no siempre orienta a la opinión pública. La confusión es tan grande que muchos de los afectados por el torrente de informaciones no pueden más que reaccionar con impotencia, atolondrados y otras veces, indiferentes. En el menor de los casos, hay quienes tienen posiciones o criterios definidos, bien sustentados.

El fenómeno asociado a otros acontecimientos



internacionales ha llevado a Mario Vargas Llosa a afirmar: “Nuestra época es la de formidables ocurrencias históricas, el derrumbe de los regímenes más despóticos y sanguinarios de que haya memoria, la irrupción incontenible de los valores democráticos y la libertad en sociedades o continentes donde nunca existieron o fueron apenas huidizos fuegos fatuos. Pero es, también, la de la confusión intelectual, la perversión del sentido común, de las ideas y de la facultad de razonar por efecto de la ideología, región laica de nuestro tiempo, cuyos dogmas, estereotipos, prejuicios, lugares comunes y excomuniones, contaminan todavía buena parte de la llamada “intelligentsia” en España y en Hispanoamérica”.⁽¹⁾

De modo que además de la ignorancia que genera la avalancha de informaciones sobre el Quinto Centenario, también en los llamados sectores pensantes existe “la confusión intelectual”. Es cierto, uno de los grandes logros de nuestras democracias latinoamericanas es la apertura y cobertura amplia y sofisticada, de los medios de comunicación, pero hay un condicionante ineludible ante esa posible conquista, y es de tipo cultural o educacional, la gran mayoría de la sociedad receptora de informaciones no sabe cómo digerir o qué hacer con tantas informaciones. Es como si llegáramos a destiempo al mundo de la civilización.

Y es el caso del Quinto Centenario y la centenaria aspiración latinoamericana. Pero no todo es sombra. La prensa ha sido la gran protagonista en este proceso

1. Del artículo de Mario Vargas Llosa “Es realmente hipócrita escandalizarse por la Conquista”, publicado en el libro “500 años después: ¿Descubrimiento o genocidio?”, de Carlos Aznárez y Néstor Norma. Editado por Nuer Ediciones. Pág. 18.



de foro público en torno a ambos acontecimientos. Gracias a las acertadas orientaciones y precisiones de reputados periodistas ha sido más equilibrado, más objetivo el debate, y en consecuencia, mayor el conocimiento sobre este acontecimiento.

En su discurso ante la pasada reunión de la Sociedad Internacional de Prensa celebrada en esta ciudad en marzo del presente año, el Presidente Joaquín Balaguer exaltó con sustanciosa e incomparable retórica la importancia de la prensa en los procesos democráticos que se han gestado en el Nuevo Continente desde los tiempos primeros de la conquista y colonización llevada a cabo por los europeos.

“Creemos que lo grande en la hazaña de Colón —explica en su discurso el Presidente Balaguer— no está en el Descubrimiento, en el hallazgo de otro Continente, sino más bien en la creación de una nueva conciencia sobre la magnitud del cosmos con ese hecho, espacios limitados a la ciencia y en general, al conocimiento humano”.

Quizás conviene recordar que el doctor Joaquín Balaguer, además de Presidente de la República, es uno de los más consagrados intelectuales latinoamericanos en el tema colombino.

Lo grande en la hazaña del Gran Almirante de la Mar Océana está en la creación de una nueva conciencia sobre la magnitud del cosmos y en haber abierto espacios ilimitados a la ciencia y al conocimiento humano, ha dicho en su discurso el Presidente. Toda una enseñanza y un desafío, éstas palabras del doctor Balaguer.

Cuando Alfonso Reyes, quizás el más grande de los ensayistas de lengua hispana, resolvió definitiva-



mente definir el matiz de esta realidad cultural llamada América, consideró que la manera más objetiva era hacerlo a partir de la llamada “inteligencia americana”.

“Hablar de cultura americana sería algo equivoco, ello nos haría pensar solamente en una rama del árbol de Europa trasplantada al suelo americano —dice el maestro Reyes—. En cambio, podemos hablar de la inteligencia americana, su visión de la vida y su acción en la vida. Esto nos permitirá definir, aunque sea provisionalmente, el matiz de América.”⁽²⁾

América vive saltando etapas, apresurando el pasado y corriendo de una forma en otra sin haber dado tiempo a que madurara del todo la forma precedente, dice Alfonso Reyes, y agrega: “Presiento que la inteligencia americana está llamada a desempeñar la más noble función complementaria: la de ir estableciendo síntesis, aunque sean necesariamente provisionales; la de ir aplicando prontamente los resultados, verificando el valor de la teoría en la carne viva de la acción. Por este camino, si la economía de Europa ya necesita de nosotros, también acabará por necesitarnos la misma inteligencia de Europa”.⁽³⁾

El Quinto Centenario y la Integración Iberoamericana. ¿Cuál es la relación? El Quinto Centenario es el presupuesto cultural de esa posible integración americana, o el pretexto de esa “invención” que una vez intentó descubrir el genio de Edmundo O’Gorman y a

2. Del artículo “Notas sobre la inteligencia Americana”, publicado en el libro *“El ensayo hispanoamericano del siglo XX”*, de John Skirius (compilador). Edición Fondo de Cultura Económica. Págs. 140-148.

3. Ibidem.



la que una vez alguien decidió llamarle América. Para bien o para mal la integración iberoamericana no es posible a espaldas de estos 500 años de historia y leyenda, de verdades y materias, de utopías y derrotas, de esperanzas y realizaciones.

Descubrimiento o conquista, leyenda negra o leyenda rosa, conmemoración, celebración o lamento; son estas algunas de las posiciones enfrentadas en este Quinto Centenario. Octavio Paz, en entrevista concedida a Néstor Norman, del periódico “Cambio 16”, opina al respecto: “Nada permanece inmutable. Si hubo descubrimiento hubo encuentro; si hubo encuentro hubo lucha; si hubo lucha hubo imposición y predominio. Es un hecho que forma parte de la historia universal. La expansión de Occidente es un fenómeno que comienza justamente en esta época y es universal. Finalmente, el mundo se conoció a sí mismo, y la historia del género humano es ahora única”.

Y en este sentido son ilustrativas las reflexiones de Eduardo Galeano cuando en el artículo “Ni leyenda negra, ni leyenda rosa” expone: “Los dos extremos de esta oposición, nos dejan fuera de la historia, nos dejan fuera de la realidad. Ambas interpretaciones de la conquista de América revelan una sospechosa veneración por el pasado, fulgurante cadáver cuyos resplandores nos encandilan y nos enceguecen ante el tiempo presente de las tierras nuestras de cada día. La leyenda negra nos propone la visita al Museo del Buen Salvaje, donde podemos echarnos a llorar por la aniquilada felicidad de unos hombres de cera que nada tienen que ver con los seres de carne y hueso que pueblan nuestras tierras. Simétricamente, la leyenda rosa nos invita al Gran Templo de Occidente, donde podemos



sumar nuestras voces al coro universal, entonando los himnos de celebración de la gran obra civilizadora de Europa, una Europa que se ha derramado sobre el mundo para salvarlo”.⁽⁴⁾

Hace aproximadamente dos siglos un grupo de valientes latinoamericanos emprendió el camino de la unificación del Continente. Hoy, quiero decir, actualmente, hemos celebrado dos altos en el camino, dos cumbres iberoamericanas. Los resultados avanzan progresivamente. Todavía estamos a buen tiempo. Ya lo dijo García Márquez en la academia sueca al recibir el Nobel de literatura: “La interpretación de nuestra realidad con esquemas ajenos sólo contribuye a hacernos cada vez más desconocidos, cada vez menos libres, cada vez más solitarios. Tal vez la Europa venerable será más comprensiva si tratara de vernos en su propio pasado. Si recordara que Londres necesitó 30 años para construirse su primera muralla y otros 300 para tener un obispo, que Roma se debatió en las tinieblas de la incertidumbre durante 20 siglos antes de que un rey etrusco la implantara en la historia, y que aún en el siglo XVI los pacíficos suizos de hoy que nos deleitan con sus quesos mansos y sus relojes impávidos, ensangrentaron a Europa como soldados de fortuna”.⁽⁵⁾

La diferencia entre el europeo y el americano se distingue por la ansiedad con que éste quiere alcanzar la vida, dijo una vez don Germán

4. Del artículo de Eduardo Galeano “Ni leyenda negra, ni leyenda rosa”, publicado en el libro *“500 años después : ¿Descubrimiento o genocidio?”*, de Carlos Aznárez y Néstor Norma. Pág. 59.

5. “Conferencia Nobel 1982: La Soledad de América Latina”, del libro de John Skirius, *Ibid.*, pág. 438.



Arciniegas⁽⁶⁾. El tema de la integración latinoamericana es tan joven como nuestras llamadas independencias. Y aun más, es el hijo mayor de nuestras independencias, un hijo que en todos los casos, salvo en la actualidad, ha crecido al amparo de extranjeros.

Primero fue el Congreso de Panamá, hacia el 1826. Los resultados no fueron otros que los mismos ideales que lo impulsaron: la cooperación en el aspecto defensivo. Y en esa perspectiva, lo más natural es que el más fuerte sea siempre el triunfador. Es entonces cuando aparece la Doctrina Monroe y su llamado Panamericanismo y su “América para los americanos”, o como dirían algunos, “para los norteamericanos”, proceso que culmina con la Novena Conferencia Panamericana, celebrada en Bogotá en 1948 y con la creación de la Organización de Estados Americanos (OEA). Luego, la Décima Conferencia, celebrada en Caracas en 1954 y que sirve de plataforma para lanzar el anticomunismo que servirá de pretexto para las posteriores influencias en el continente americano.

La integración americana nunca había sido tan esperanzadora como en la actualidad. Nunca tan independiente y tan asociada. Todo ello a pesar de los condicionamientos o “dependencias” con los organismos internacionales de financiamientos. Estamos endeudados económicamente, es cierto, pero no ideológica, política o culturalmente con ningún imperio o potencia hegemónica. Hay países que han demostrado, como Chile y México, que es posible el crecimiento económico independientemente de la deuda.

6. Arciniegas, Germán- *“América Tierra Firme”*, Buenos Aires, Argentina. Editorial Sudamericana, 1966. Pág. 34.



No se puede hablar de Integración sin independencia. Así que para comprender el actual proceso de integración que han iniciado las naciones del Continente hay que tener en cuenta también el proceso de dependencia económica y política que ha influido en dichos planes de integración.

Es exagerado decir que la política desarrollista propuesta por la CEPAL sobre la “sustitución de importaciones” ha sido la gran responsable del fracaso económico que desembocó en la crisis de la llamada “década perdida”, la década de los años '80. Además del mal orientado proceso de industrialización con toda su secuela de errores, tales como, el endeudamiento exterior, la depresión monetaria, los altos índices de inflación, las descomunales barreras arancelarias, las restricciones burocráticas, la prohibición de importaciones, hay que agregar, y quizás, sobre todo, la marcada corrupción administrativa de los gobernantes, matizada por una burocracia también corrompida, y excesiva, y por un populismo demagógico dilapidador de las escasas riquezas.

Sin embargo, en el aspecto económico el panorama se torna más esperanzador, en lo que a la integración respecta. Casi todos los países del Continente se han sometido a disciplinas o ajustes económicos que, parece están resultando efectivos, por lo menos en el aspecto económico. Porque ineludiblemente, en el aspecto social, los ajustes no siempre han sido bien asimilados. Ahí está el caso de Venezuela, Perú, Brasil, Colombia, y algunas naciones de Centroamérica. Pero lo cierto es que los índices inflacionarios han sido disminuidos, que las deudas con los organismos de financiamientos internaciona-



les han sido renegociadas, que las restricciones burocráticas han sido reducidas, en general, el déficit público está siendo enfrentado. Queda pendiente en algunas de las naciones hacer efectivo esos beneficios en el campo de lo social.

Ante un panorama como el actual, salvo la crisis que afecta algunas de las naciones, es posible hablar de Integración Iberoamericana. Hay otros esfuerzos de integración regional y sub-regional que también avanzan, entre lo que sobresale, el MERCOSUR, el CARICOM, el Mercado Común Centroamericano, y el esperanzador mercado de libre comercio Estados Unidos-México-Canadá.

En el trasfondo de todos estos intentos de integración, de manera callada y efectiva, hay una institución que desde los inicios de su presencia en el Continente ha sabido ser ejemplo de unidad y de lucha fehaciente por los mejores intereses de nuestras naciones. Me refiero, como han de suponer, a la Iglesia Católica.

En octubre será celebrada en el país la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano. Ocasión en la que se reunirán obispos, sacerdotes y religiosos del Continente para analizar y definir el futuro pastoral de la Iglesia Latinoamericana. El encuentro contará con la presencia de Su Santidad Juan Pablo II y con autoridades eclesiásticas del mundo.

El tema de la integración latinoamericana ha sido objeto de minucioso y profundo análisis de parte de los organizadores de la IV Conferencia, quienes han puesto un énfasis particular en el tema de la cultura. Y así lo expresan en su Documento de Consulta: “El gran desafío es la integración, la cooperación, la solidaridad, la justicia y fraternidad por una nueva



cultura del trabajo con democracia y participación de todos”.⁽⁷⁾

En este sentido y en varias ocasiones también se ha pronunciado Su Eminencia Reverendísima, Señor Cardenal Nicolás de Jesús López Rodríguez, Presidente del Consejo Episcopal Latinoamericano, Arzobispo de Santo Domingo y Presidente de la Comisión Dominicana del Quinto Centenario. Recientemente, en un encuentro celebrado en la sede de dicha Comisión con jóvenes de Iberoamérica, el Señor Cardenal les exhortó a retomar el sueño de Martí, Bolívar y otros patriotas latinoamericanos, para que el próximo milenio “sea el de América, pues nuestro Continente —continúa diciendo Su Eminencia— debe proyectarse en una dimensión distinta, y esa realidad tendrán que asumirla —dice a los jóvenes— como su más importante responsabilidad.

Tanto la unidad económica como la religiosa son dos grandes esperanzas en el actual proceso de integración. Asimismo, en el aspecto político y cultural hay una clara relación de respeto y aceptación. No hay enfrentamientos entre naciones por causas políticas o culturales.

Ese es otro factor a favor del proceso de Integración Iberoamericana.

Concluyo mi exposición con las afirmaciones siguientes:

1. El debate sobre el Quinto Centenario sólo es justificado si está orientado a dar respuesta a la mayor

7. Consejo Episcopal Latinoamericano- IV Conferencia General del Consejo Episcopal Latinoamericano, Documento de Consulta. Santo Domingo, R.D. Edición Conferencia del Episcopado Dominicano, 1992. Pág. 87.



de las demandas del Continente: la integración iberoamericana.

2. Las pasadas cumbres iberoamericanas son una esperanza renovada y auténtica en el consenso de las aspiraciones de todas y cada una de las naciones.

3. Pese a la inestabilidad política en algunas de las naciones, es esperanzador el avance de la democracia y el crecimiento económico en la mayoría de las naciones de nuestro Continente.

4. La Integración Iberoamericana será más efectiva y afianzada sólo a partir de la integración cultural, y para ello es necesario impulsar la educación y proteger y enriquecer nuestro común idioma.

Los comunicadores sociales, ustedes los periodistas, en este actual proceso de integración que ya es una realidad, ustedes, repito, tienen la última palabra.

Muchas gracias.

**7/8/1992,
Santo Domingo, D.N.**

